

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 257

Valencia, 16 de Octubre de 1937

María Carbonell, 2

Los que vuelven del éxodo optan por la República

Había en Francia cincuenta mil refugiados españoles. El Gobierno francés decidió repatriarlos. Únicamente podrán permanecer en la vecina República aquellos que puedan sufragar sus gastos personales y los de sus familiares correspondientes y los niños recibidos y cuidados por instituciones humanitarias y Comités sindicales y políticos.

Se preguntó a cada refugiado mayor de edad, que a cuál de las dos Españas quería volver. Porque hay, como se sabe, dos fronteras: la de Irún, confin con la España dominada por los rebeldes. La de Port-Bou, con la España adicta al Gobierno legítimo.

Y la Prensa francesa de izquierda —la fascistoide y la llamada «de gran información» prefirieron callarse— acaba de publicar el resultado de la pregunta a que me refiero más arriba. Cuarenta y nueve mil de los refugiados, respondieron que deseaban regresar por la estación de Port-Bou. Mil solamente contestaron que deseaban volver por Irún.

Y téngase en cuenta que se trata casi exclusivamente de españoles de las provincias vascas y la montaña santanderina, regiones de abolengo derechista y católico. Y téngase en cuenta, asimismo, que muchos de los que han pedido que se les lleve a Irún, alegaron, como descargo, que se habían dejado en la España esclavizada por Franco, familiares necesitados de su apoyo...

Cuarenta y nueve mil de un lado... Mil de otros... Esa es la proporción verdadera de las dos Españas en lucha. Y por ello Franco y sus cómplices han tenido que llamar al extranjero y entregarle pedazos de su patria.

Estos días, en Cerbere, los correspondientes de la Prensa de París, Burdeos, Tolosa, Marsella y Perpiñán, telegrafían a sus periódicos relatos emocionantes de las escenas que presenciaban. La repatriación empuja hacia Port-Bou cientos y cientos de hombres, mujeres y niños, que llegan a la frontera por todos los trenes nocturnos y diurnos. Y frecuentemente, cuando abandonan el vagón francés para saltar a tierra española, la aviación fasciosa les saluda con sus bombas. Desde Cerdeña y desde Mallorca, isla italiana también, los «Saboia», los «Marchetti», los «Caproni» y los «Fiat» cruzan el Mediterráneo para recordar a los fugitivos del Norte hispano, que regresan del éxodo desorientados y sombríos, que la guerra sigue y es cada día más bárbara y cruel. Los niños, al oír las explosiones y las sirenas, alzan los ojos al cielo enemigo, y se estremecen y lloran en el regazo de sus tristes madres. Ya casi habían olvidado, en la paz del suelo riente y tranquilo de Francia, que hay monstruos aéreos, de acero pavonado y brillante, con cruces y tibias y calaveras pintadas y asesinos que matan por un salario mensual. Se estaban acostumbrando a las noches sosegadas de sueño profundo y a las mañanas luminosas de los parques y jardines y a la tarde apacibles en que se juega y pasea. Comenzaban a olvidar...

Les aguarda en España, en la sola España posible, un peligro que no correrían si sus padres hubiesen optado por la frontera de Donostia. Porque nosotros, los republicanos, no hacemos la guerra a lo Atila y a lo Gengis Khan, la

guerra totalitaria. Nosotros nos atacamos sino objetivos militares. Jamás consideraremos objetivo militar las escuelas y los orfanatos, como los «Savoias» que destruyeron el colegio de la Barceloneta y ametrallaron luego en las calles próximas a las criaturas que, espantadas, huían del atroz bombardeo. Nunca iremos a vengarnos de los crímenes de Franco sobre las desgraciadas ciudades que gimen bajo el yugo fascista y la invasión italoalemana. Y esa es nuestra inferioridad fundamental y también nuestra gloria y nuestro orgullo. No podemos superarlos en la competencia salvaje del horror inhumano. Y no podemos, porque si lo intentáramos, si pasara por nuestros cerebros la idea de la represalia, las armas se nos caerían de las manos y el corazón estallaría en nuestro pecho y las lágrimas nublarían nuestros ojos. Y es que no somos, como ellos, bestias carnívoras disfrazadas con uniformes. Somos hombres pacíficos, obligados al duro oficio de soldados combatientes, impulsados por la necesidad a empuñar fusiles y disparar cañones. Defendemos nuestro derecho a vivir libre y dignamente sobre la vieja casa solariega que heredamos de nuestros abuelos. Y nos batimos resignados y sin alegría, si bien con resolución inquebrantable y no olvidamos —¿cómo lo olvidaríamos?— que si sobrevivimos a la tragedia, hemos de volver a la vida civil...

Sí. Allí en Francia, los refugiados, burgueses y obreros, campesinos y urbicolas, proletarios e intelectuales, pudieron decidirse libremente por una de las Españas oficialmente rivales y enemigas. Al Sur y al Oeste de Irún, la mártir, les aguardaba Falange, el Requeté, los moros, los legionarios, los alemanes, los italianos, la Gestapo, la Ova, la bandera roja y gualda, los poetas chirles y ebenes, los escritoruelos mercenarios, de plumas baratas, la Marcha Real, el generalísimo con todos sus retratos, los rosarios, las procesiones, los *Te Deums* y con todo ello, un yaho especial de carne muerta, sangre derramada, incienso, perfumería imitada, amoníaco, cuadra y alcohol. Al Sur y al Oeste de Port-Bou, les esperaba la República...

Y sólo uno de cada cincuenta han querido que les repatrien por el puente del Bidasoa.

Que esos diplomáticos solemnes y graves, circunspectos y sentenciosos como augures que bajo la veterana presidencia del inefable Lord Plymouth, el pescador de caña, van a reunirse ¡otra vez! en Londres, sepan este hecho: Franco tiene con él un dos por ciento, como máximo, de la población de España. Y no es muy seguro, desde luego, que este dos por ciento, si pudiera manifestarse, sin miedo a coacciones, se le mantuviera fiel...

FABIAN VIDAL

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

En tercera página:

Doña María

49.000

optaron por
el Gobierno

legítimo de la República
y solo mil por
el de Burgos

TIERRA DE ASILO

Acaban de ser arrojados de Francia cincuenta mil refugiados españoles. Se les ha permitido escoger entre la España gubernamental y la de Franco. Cuarenta y nueve mil optaron por el Gobierno de Valencia, y sólo mil por el de Burgos. ¡Y tanto como se dijo

que estos desgraciados habían huído de las atrocidades rojas! Hoy, sin embargo, mientras las bombas nacionalistas caen sobre Madrid, Barcelona y Valencia, hay mujeres y niños que prefieren correr este riesgo antes que sufrir el yugo de la dictadura. Es una elección peligrosa y que no carece de mérito.

La libertad bajo las bombas o la adhesión al fascismo; tal es el dilema ante el que se acaba de colocar a cincuenta mil seres humanos. Hay que hacer observar que solamente a los pobres obliga esta elección. Los otros, los que pueden satisfacer sus necesidades, son tolerados en Francia.

Hay que creer que la insensibilidad europea ha aumentado de manera notable, puesto que se deja enviar a la muerte a algunos millares de mujeres y niños sin que se escuche un grito en su defensa. Nosotros, no podemos menos de protestar contra un hecho que repelle a la conciencia humana. Somos de los ingenuos que consideran dañoso el que se acostumbre a la opinión pública a ver como cosa normal los asesinatos de niños. («Vendredi», 8-X-937.)

En la página siguiente:

Cómo se comporta la República con sus presos

La Kulturkampf nazi

Prohibición de la enseñanza religiosa en Alemania

Los nazis continúan la descristianización sistemática del Reich. Contraviniendo todas las estipulaciones formales del Concordato, llevado a cabo libremente con la Santa Sede, el Estado nacional-socialista acaba de separar la Iglesia de la escuela en Alemania. Con esto se ve cuán equivocados estaban los que suponían al Estado totalitario en Alemania como un elemento seguro de paz religiosa en este desgraciado país.

El domingo pasado, se puso en conocimiento de los fieles, por una carta pastoral leída en todas las iglesias de Berlín, que el Gobierno alemán ha prohibido a los sacerdotes dedicarse a la enseñanza religiosa.

En este documento el Obispo de Berlín, declara: "El nuevo decreto del gobierno alemán, pone en ejecución la consigna: los sacerdotes fuera de la escuela. De esta forma se quiere impedir que la palabra de nuestros sacerdotes llegue al alma de los niños. Este hecho que tanto nos trastorna anuncia un futuro próximo en el que la fe de los católicos va a ser puesta a prueba."

"Como Obispo de Berlín, no se me ha comunicado la razón por la que no podrán los eclesiásticos seguir dispensando la enseñanza religiosa."

La carta pastoral confirma que la lucha anticonfesional ha tomado tales proporciones que a nadie puede extrañar el ver que los sacerdotes son arrojados de las escuelas.

"Pero continúa el peligro que se desprende del nuevo decreto es que nuestros hijos no sean ya educados cristianamente. Todo cuanto han dicho y escrito las personas responsables de la nación, demuestra cuáles son las ideas que se tienen sobre las Santas Escrituras, y cómo se insulta a la vida católica."

"La campaña contra la Iglesia se lleva por etapas, disimuladamente; con ello su finalidad verdadera no se descubre a todos demasiado pronto. ¿Qué se va a hacer ahora? ¿Se va a suprimir totalmente la enseñanza religiosa para imponer a los niños en una filosofía anticristiana?"

La carta pastoral recuerda, por último, que, únicamente la Iglesia está indicada para dispensar la enseñanza religiosa. Invita a los padres a que vigilen de cerca la enseñanza que ha de darse a sus hijos por maestros laicos y anuncia que una vez por semana se reservará en las iglesias un espacio para los niños con el fin de que puedan encontrar la enseñanza religiosa que los sacerdotes no pueden dar en las escuelas.

(«La Croix». — 12-X-37.)

Desde fines de Agosto, el barco inglés "Seven Seas Spray" y su tripulación se encuentran en Santoña en poder de los italianos

LONDRES.—«No son los rebeldes españoles, sino las tropas italianas de ocupación las que han capturado al «Seven Seas Spray» y apresado a sus tripulantes, ha declarado Mister Ewen, propietario de dicho buque al corresponsal del «News Chronicle».

El «Seven Seas Spray» es un buque mercante inglés, perteneciente a la «Veronica Shipping Company», matriculado en Cardiff. Según las declaraciones de Mister Ewen, el barco, cuya tripulación estaba compuesta en su mayoría por marinos ingleses y sólo por cuatro españoles, se encontraba a fines de agosto último en el puerto de Santoña para recoger a cuatro mil refugiados vascos.

Cuando se disponía a levar anclas, unos oficiales italianos que acababan de entrar en Santoña al frente de sus tropas, subieron a bordo y les prohibieron partir, dando orden de desembarcar a todos los refugiados y arrojando a la tripulación.

Desde entonces y, no obstante las reiteradas reclamaciones formuladas por el almirantazgo británico y las autoridades consulares, la única respuesta que ha obtenido Mister Ewen sobre la suerte de su barco y de tripulación es ésta: «no se enfada usted. La tripulación está bien».

El «Seven Seas Spray» fue uno de los primeros barcos que rompió el bloqueo de Bilbao en el mes de abril. Mister Ewen ha dicho: «Esto es precisamente lo que nos hacen pagar hoy».

¡Cangas de Onís!

González Peña, habla del nuevo crimen faccioso

El bombardeo de Cangas de Onís ha sido un nuevo y fuerte aldabonazo a la sensibilidad de los pueblos civilizados. A la estela de crímenes perpetrados por el fascismo internacional sobre el pueblo hispano se une hoy, como última y cobarde respuesta a la recia gesta astur, este nuevo crimen, que se ha de registrar, como el de Guernica y con los mismos caracteres sangrientos, en las páginas gloriosas y trágicas de la lucha por la independencia de España.

González Peña, representación genuina de los bravos asturianos, ha hecho, en torno al bárbaro bombardeo de Cangas de Onís, destruida casi totalmente por la metralla italo-germánica, las siguientes manifestaciones:

«Se une hoy a los monstruosos procedimientos del fascismo internacional el bombardeo de Cangas de Onís. Aún con una agravante y con una alevosía mayor que el que realizaron sobre Guernica, porque aquel pueblo y otros lindantes con Castilla no se significaron nunca por sus odios al capitalismo; al contrario, siempre fueron poblaciones de un marcado matiz derechista, tranquilas, y que no tuvieron intervención importante en las luchas sociales y políticas.

No se justifica este atentado de ninguna forma. Ni por estrategia ni por nada. El que realizaron sobre Guernica y pueblos adyacentes pudo influir algo sobre la toma de Bilbao; pero ésta no es más que una cobarde agresión que ha de causar viva indignación en todos los medios civilizados por lo que tiene de monstruoso el bombardeo de poblaciones civiles.

Sin que me ciegue la pasión de asturiano, puedo asegurar que este procedimiento del fascismo internacional no ha de aminorar en lo más mínimo el ánimo de los luchadores asturianos. Estos saben cuál es su deber, y lo cumplirán con tesón, defendiendo palmo a palmo la región que les vio nacer. Una prueba la da el hecho de que desde que se organizó la línea de combate asturiana, los enemigos no han pasado de Cangas de Onís, a pesar de que ya llevan cincuenta días hostilizando, con gran aparato de armas y hombres, las líneas de nuestro Ejército.

Este ánimo está en pie y lo seguirá estando siempre. Es éste un simple episodio que no nos sorprende, porque ya sabemos que estamos ante un enemigo cobarde por naturaleza y que, por consiguiente, tiene que vengarse con poblaciones abiertas, como ya lo hizo en Guernica, Durango y pueblos limítrofes, y como lo está realizando ahora con Villaviciosa y otras ciudades asturianas. ¡Es la táctica militar de los fascistas!

No influirá tampoco, en absoluto, sobre la marcha de sus operaciones, que nuestros combatientes, con su gran entusiasmo, hacen tan lentas. Donde sí alcanzará una gran resonancia será en los medios internacionales, que tendrán una nueva ocasión para conocer más a fondo los métodos de invasión de que se valen Alemania e Italia, ajenos a todo procedimiento guerrero y condenados por todos los códigos. El bombardeo de poblaciones alejadas de la retaguardia, será siempre un motivo de indignación para toda la humanidad civilizada.

Los facciosos se empeñan en presentar la destrucción de estos pueblos como obra nuestra. Me han dicho que la radio de Salamanca ha hablado sobre ello, pretendiendo atacarme personalmente en lo poco que valgo y temerosos de que si tenemos que retroceder no dejemos titere con cabeza. Es el procedimiento peculiar de los facciosos, achacando a otros los crímenes que todo el mundo sabe cometidos por ellos.

Para el que se retira está justificado como método de guerra que haga volar puentes y destruya objetivos militares. Para el que invade, no. El que invade no puede, ni debe emplear métodos más violentos que el que se defiende, y menos tan bárbaros como los utilizados por los facciosos.»

(«El Mercantil Valenciano», Valencia, 15-X-937.)

Las informaciones que publica este BOLETIN responden siempre a la veracidad más estricta

MUSSOLINI SE RIE CINICAMENTE DEL DOLOR DEL PUEBLO CHINO Y AMENAZA A LOS CATOLICOS ITALIANOS

ROMA.—El «Popolo d'Italia», órgano de Mussolini, publica uno de estos editoriales que según se sabe desde hace tiempo, por su estilo y su presentación, son obra de la pluma del mismo Mussolini. El Duce recuerda en este artículo la consigna que lanzó en Berlín, según la cual el mundo entero sería fascista.

Dice textualmente: «El Japón está en vías de librarse de la prostitución parlamentaria». Aprueba netamente las matanzas de la población civil china, escribiendo, con cinismo inigualable: «los gritos de las mujeres, y los sermones de los arzobispos nos hacen reír o nos dan náuseas». Después, el artículo contiene una amenaza contra los católicos, en el más puro estilo hitleriano. Mussolini dice, en efecto, que el fascismo tiene también a «ciertos católicos» contra él, «con los cuales cualquier día arreglaremos las cuentas a nuestra manera».

Cómo se comporta la República con sus presos. Varios reclusos políticos, de significación reaccionaria, desmienten las falsedades de la propaganda facciosa

Si en alguna cárcel del territorio leal a la República pudiera estar justificado un régimen represivo, sería en la Prisión Provincial de Murcia. Hace poco tiempo fué descubierta en ella una cautelosa actuación punible en bastantes presos. Oculto en la comida y en las ropas que a éstos se les enviaban desde el exterior, recibían notas y detalles sospechosos sobre la situación de España y del desarrollo de las operaciones militares. A uno de los reclusos —que fué elemento directivo de una orden religiosa— se le encontraron, durante un minucioso registro en su celda unos mapas y planos concordantes sin duda con noticias que se le daban, transmitidas subrepticamente.

La desleal actuación de aquellos presos fué sancionada con lo que, para tales casos, previene el Reglamento de Prisiones y con la adopción de medidas de vigilancia encaminadas a impedir que pudieran repetirse los hechos. Pero nada de malos tratos ni de métodos torturantes. La Prisión Provincial de Murcia, desarticuladas las actividades sospechosas y lograda la seguridad de que no volverían a surgir continuó su vida normal por cauces reglamentarios.

Quiénes —sobre todo en el extranjero— acojen las propagandas facciosas que hablan de los supuestos martirios a que son sometidos los reclusos políticos en las cárceles de la República española habrán de meditar sobre este ejemplo de la prisión murciana.

El resultado de esta meditación no puede ser otro que el de reconocer, a la par que las falacias facciosas, el sentido humano —que en casos como éstos sobrepasan el límite de lo generoso— con que se produce, imperturbable en su serenidad, la España republicana.

Expresión general de los reclusos

Que ese sentido humano y esa generosidad de la República informan el régimen interno de la Prisión Provincial de Murcia lo han reconocido todos aquellos reclusos a quienes, por separado o por grupos, hemos interrogado en los patios o galerías de esta cárcel de construcción moderna y en la que, como en todas las del territorio republicano, no falta ningún detalle, servicio o instalación de los que resuelven las necesidades tanto de tipo doméstico como sanitario. De esa expresión general de los penados residentes en dicha prisión vamos a destacar como muestra significativa, las manifestaciones que nos han hecho algunos reclusos políticos que, por su condición personal tiene cierto carácter representativo.

Un joven que pertenecía a la Aviación militar

Manuel Andrada Muñoz. Es natural de Marchena (Sevilla) y tiene veintidós años de edad. Pertenecía al cuerpo de Aviación Militar y prestaba servicios en la base de Los Alcázares, en donde, al producirse la sublevación fascista fué detenido por las fuerzas republicanas.

Le interrogamos cuando sale de la peluquería, que se halla instalada frente al puesto central de vigilancia interna de la prisión.

—¿Qué régimen se observa en esta cárcel con relación a los presos?

—Dentro de las normas reglamentarias, se nos trata bien a todos los reclusos, que, a este respecto, hemos de hacer patente nuestra gratitud a las autoridades de la República.

—En el tiempo que usted se halla aquí preso, ¿sabe si ha sido tratado con violencia o con actitudes vejatorias alguno de los reclusos?

—Nada de eso. Hasta cuando ha habido que imponer alguna sanción por faltas cometidas, se ha hecho sin exceder los límites estrictos del reglamento.

Un ex alcalde radical cedista

Juan Antonio Martínez Lumbreras. Era alcalde de Villarrobledo, durante la etapa del bienio radicalcedista. Es menudo, nervioso, y cuando habla lo hace con vehemencia. Sus manifestaciones respecto al trato que tanto él como los demás presos reciben en la cárcel de Murcia son terminantes.

—Aquí no hay ni siquiera noticias de nada que no sea un trato humano para todos los presos.

—¿Usted, personalmente, tiene algún motivo de queja por el comportamiento que para usted tengan las autoridades de esta prisión?

—En absoluto. Ninguno.

Un sacerdote, ex director de sección en la Orden de los Maristas

Macario Alonso Fuentes. Natural de Castreña (Burgos). Era sacerdote y pertenecía a la Orden de los Maristas, en la que, como elemento de jerarquía, desempeñó cargos de director de sección y administrador. El hecho de su detención no fué motivado por su condición eclesiástica, sino que lo fué por des-

arrollar actividades de hostilidad contra la República.

Le interrogamos respecto a él, dentro de la prisión, se le ha molestado por su condición de religioso. Macario Alfonso responde con súbita espontaneidad: —Nunca se sigo ofendido en nada.

—¿Entonces, usted proclama que recibe buen trato?

—Lo digo así porque es verdad. El comportamiento que las autoridades de la República tienen para los presos no puede ser más comprensivo y humano.

El hombre sobre el que pesa la amenaza de la pena máxima

Enrique López Aroca. Tiene treinta años de edad. Es de poca estatura, pero de complexión fuerte. Usa barba recortada de un modo extraño. Sus ojillos profundos miran con dureza tenaz. Se habla de él como de un violento personaje que actuó en los grupos de acción de Falange Española. Ya, en un momento de represión contra los izquierdistas durante el llamado bienio negro, se acusó a López Aroca de haber sido quien prendió fuego a la Casa del Pueblo de Murcia. Después, toda una historia turbulenta...

El Tribunal Popular le ha condenado a muerte. Y López Aroca espera la resolución del expediente de indulto que se está incoando por si se le conmuta esa pena por la de reclusión perpetua.

Cuando le hemos preguntado si durante el tiempo que lleva preso ha tenido noticias de malos tratos a los reclusos políticos o a él, concretamente, nos ha contestado:

—Lo que sé es que aquí se nos da buen trato. Y esto es lo que hemos de proclamar todos los presos; porque ésta es la verdad.

—De modo que si a usted o a algún compañero se le hubiese tratado mal, ¿lo diría usted sin cuidado?

—¡Claro que sí!

Del campo faccioso. Se obligará a los niños a aprender italiano

TANGER. — Comunican de Córdoba que llegó a la ciudad el consul de Italia en Sevilla y exigió del gobernador faccioso la implantación en las escuelas de la enseñanza del italiano con profesores de dicho país como ya se ha hecho en otras ciudades andaluzas. — Fáb-

Una biografía de tres capítulos

Doña María

... donde la calle dobla la esquina

Mal humor: Doña María. Genio impertinente: ella. Ella sin él, sin él para toda la vida y desde toda la vida. Doña María es la soledad, la espera inútil, la rama sin flor, hoja ni fruto. Doña María, con el transcurso del tiempo, acaba por morderse los labios que se pintó para esperarle a él. ¿A él o a ella? ¿A quién aguardaba el yermo de Doña María para burlarse de su infecundo destino? ¿Qué cita o qué diálogo inédito se abre en su vida? La mujer agraviada cierra el almarino dejándose el alma fuera, con igual energía con que cierra la tapa de su gran cartera de doctora dejándose fuera la sabiduría. Doña María fruce el ceño, se hace de palo, está a punto de hacerse de palo santo. Pero Doña María es humana, mortal, y en prueba de ello, enferma. La cita en monólogo se prolonga en la noche. La dama recorre, sin encontrar al interlocutor, la calle silenciosa. La paciencia de Doña Inés rompe en ella con el ímpetu presuroso de Don Juan. Doña María pasea la calle hasta que su taconeo enervante se hace repique. ¿Repique a gloria? No. La «Doña» inquieta, dobla equivocadamente la esquina de su calle, se hunde por error en la encrucijada de su sexo dubitativo. Hamletiano.

Doña María se hace madre o madrina, señora o dueña, de un grupo de jovencitas recién llegadas del pueblo a la capital. Ella, bachillera y lenguaraz, las inicia en las prácticas de una nueva educación: limpieza, asepsia, músculo, juventud eterna... y citas en los jardines y paseos de Madrid. La remozada Celestina se ha puesto el nombre de la Virgen para disimular y confía beatíficamente en una repetida anunciación. Con su boina de terciopelo negro, calada al estilo de Zumalacárregui, pasa revista al tropel de muchachas. Las señoritas que viven en su residencia afluyen con el generoso presente de su «sex-appel» a desbordar el caudaloso mar —flujo y reflujo— de Doña María. Saben, además, el nombre y el apellido, y aun la manera especial de sonreír, de cualquier galán de la pantalla. Saben y comparan. Comparan y aprenden.

Doña María, aunque su orgullo la impida reconocerlo, es un erial. Recuerda, si acaso, el nombre o el apellido de algunos filósofos rancios. Adivina sus sonrisas escépticas. Ve y compara. Se compara con sus señoritas alumnas... y olvida. Olvida su condición. Se hace varón. Ni así logra olvidar del todo. La tragedia va por dentro, entre cirios y letanías. Guarda rencor, un rencor eterno, universal, «sobre los luceros»...

Doña María —maestra y sabihonda— envidia la dulce ingenuidad de sus novicias. Ella, siempre al día en cuestiones filosóficas, suspira, a punto de perder el sentido, por un arte superior y único, romano e imperial; por un arte, ciencia o aberración, en cuya materia, no tan filosófica o mucho más filosófica, Doña María está también al cabo de la calle. Precisamente allí donde la calle dobla la esquina.

Después de la respuesta italiana

Al publicar la nota francobritánica del 2 de octubre y la respuesta de Mussolini, la Prensa italiana añade unos comentarios que revelan más que nunca la inspiración común y las instrucciones del Ministerio de Propaganda, que son estrictamente seguidas.

El editorial que «Il Popolo d'Italia» dedica al acontecimiento —bajo la forma de correspondencia de Roma—, aparece con el título: «La solidaridad italo-alemana».

Este es el leitmotiv de toda la Prensa: Italia quiere hacer creer que ha rechazado las proposiciones francobritánicas por fidelidad al eje Roma-Berlin.

«En la nota del conde Ciano —escribe el «Popolo d'Italia»— hay que subrayar la afirmación concreta de la solidaridad entre Italia y Alemania. La respuesta italiana ha sido redactada de completo acuerdo con el gobierno alemán. El eje Roma-Berlin es una realidad viva, que opera en el corazón de Europa. Las gigantescas manifestaciones del Campo de Mayo revelaron la unión decidida de 150 millones de almas. El eje no puede romperse ni paralizarse. La afirmación rotunda de que Italia no participará en ninguna reunión o conferencia, a la que el Reich no fuera invitado tiene un valor histórico. Italia y Alemania tienen plena conciencia de su derecho, de sus energías vitales, de su comunidad de ideas y de su misión en defensa de la civilización europea.»

Estamos persuadidos de que entre Roma y Berlín existe, —desgraciadamente para la paz, para Europa y para la civilización— una estrecha solidaridad. Nosotros hemos combatido aquí, en varias ocasiones, la ilusión acariciada por algunos círculos londinenses y parisinos, de poder separar a Hitler y Mussolini.

Pero es evidente que, en el caso de la respuesta italiana, la «Solidaridad con Alemania», de la cual nadie puede dudar, no es más que un pretexto, o mejor, uno de los pretextos de que se ha servido Mussolini para «jus-

tificar» su negativa a las proposiciones franco-británicas.

Al hacer su gestión en Roma, los gobiernos francés e inglés no tenían en absoluto la pretensión de separar a Roma de Berlín. Si se dirigieron a Roma fué porque en España hay 100.000 soldados italianos y no existen contingentes alemanes considerables. Si los 100.000 soldados extranjeros al servicio de Franco fuesen alemanes, Londres y París se habrían dirigido a Berlín y no a Roma...

La gestión francobritánica perseguía la finalidad de resolver la cuestión de los voluntarios, para lo cual tenía que intentar la realización de un acuerdo sobre este punto con el Gobierno, que ha violado en tan gran medida, anunciándolo públicamente, los compromisos que había adquirido en Londres.

¿Habrá que recordar que M. Chautemps, en su discurso del «American Club», subrayó, sin embargo, que Francia se proponía «deshacer los equívocos por medio de francas conversaciones, sinceramente ofrecidas, sin segunda intención ni hostilidad?»

Entere los «argumentos» invocados en la nota, está también el de las pretendidas declaraciones del señor Azcarate en Ginebra, según las cuales quedaba excluida toda posibilidad de evacuación de los voluntarios enrolados bajo la bandera republicana.

Una declaración de la Embaja-

da de España en París ha puesto la verdad en su punto. Los voluntarios extranjeros que combaten en las filas republicanas «están bajo la autoridad plena y entera del Gobierno de la República y pueden ser llamados en cualquier momento por el Gobierno legal de España».

En los comentarios de la prensa italiana, se aprovecha también esta aclaración para explicar la negativa del gobierno fascista. Puesto que los voluntarios dependen de uno o de otro Gobierno español, se dice, hay que reconocer ante todo a los dos Gobiernos el derecho de beligerancia...

«Il Popolo d'Italia» declara que si la discusión vuelve al seno del Comité de No-Intervención, Italia, «no tolerará que el problema del reconocimiento de los derechos de beligerancia se subordine al problema de los voluntarios».

Está claro, ¿verdad? Nada de conferencia tripartita. Y, en el Comité de No-Intervención, vuelta a la maniobra que hizo fracasar el plan británico del 14 de julio.

La voluntad de Mussolini de conservar en España sus divisiones es clara y concreta. Sólo una política igualmente clara y concreta, basada en una «acción concertada» franco-británica, podrá impedir la intervención militar y política en España de la Italia fascista.

ANDRE LEROUX

(«Le Populaire», 11-X-1937.)

FLECHAS FRANQUISTAS

La semana pasada llegó a Lisboa, a bordo del «Monte Rose», la delegación de nacionalista españoles, bautizada con el nombre de «flechas nacionales», que fué enviada a Alemania por el generalísimo para representar a los facciosos en el Congreso de Nuremberg. Los jóvenes fascistas de la Agrupación «Mocidade Portuguesa» habían organizado varios actos en honor de los expedicionarios; estos festejos fueron suspendidos porque el generalísimo ordenó telegráficamente a los «flechas nacionales» que no se detuvieran.

En Lisboa sus compañeros, los fascistas de la «Mocidade», se vieron sorprendidos con esta determinación de Franco.

Parece asimismo que estos no se abstuvieron de manifestar a los «flechas nacionalistas» que los encontraban un tanto decepcionados, a pesar de la toma de Santander... por los italianos.

(«L'Europe Nouvelle». — 9-X-37.)

El conflicto español

Sus repercusiones internacionales

(Texto de la conferencia pronunciada en Ginebra el 16 de Agosto de este año, por Edgar Ansel Mowrer, corresponsal del «Chicago Daily News».)

Hoy hace tres meses que estalló la guerra en España.

Un grupo de oficiales, apoyados por monárquicos, fascistas, clericales y potentados, se levantó contra el Gobierno de la República. La mayor parte del ejército español y de la policía siguió a sus oficiales en el levantamiento. La rebelión fué bendecida por los jerarcas católicos.

Triunfante en Marruecos, Sevilla, Burgos y Salamanca, fué sin embargo, vencida en los centros estratégicos de Madrid, Barcelona y Valencia, con lo que se convirtió de insurrección en cruenta guerra civil.

Es significativo que el levantamiento español ocurrió a los dos meses justos del colapso final de la resistencia de Abisinia, un mes después de anunciar la Gran Bretaña que estaba dispuesta a levantar las sanciones que aún estaban en vigor contra la Italia violadora de pactos. No parecía sino que ciertas personas temían que descendiese la temperatura de la caldera europea.

Merced a la inmediata intervención extranjera, esta lucha, esencialmente española, se convirtió en una especie de guerra europea por poder.

Esta lucha, nominalmente interna, planteó de una vez todas las cuestiones políticas importantes de la Europa contemporánea.

IMPRESIONES

Algunas personales

Mis primeras experiencias de la lucha española se limitaron a unas cuantas semanas. En un auto, sobre el cual flameaba una bandera roja con la inscripción: «inspección de milicias», fuí adonde quise, desde el frente de Somosierra a Toledo. Subí a un tejado a cien metros del Alcázar. Fui a la Secretaría de la U. G. T. y hablé con Alvarez del Vayo, con Arquistain y con Largo Caballero, a quien acompañé dos veces al frente. Cuando salí de España no tenía la certeza plena de que ganaría el Gobierno por dos razones: Primera, porque los obreros parecían más interesados en las reformas sociales que en luchar contra el ejército rebelde, y segunda porque sospechaba que Franco obtendría una ayuda extranjera, si bien ignoraba en qué cuantía se le podría lograr.

Desde entonces no he vuelto a España. Pero por los informes de americanos como H. R. Knickerbocker, John Whitaker, Webb Miller, miss Frances Davis y otros que estaban en el campo rebelde, y de varios amigos del campo leal, he tratado de seguir los acontecimientos de España y aquellos que, aunque ocurridos en otras partes, guardan relación con ese país.

El «Chicago Daily News» tenía un corresponsal en Málaga después de ser conquistada, otro en Portugal y Gibraltar y otro también en Madrid, con el cual hablo por teléfono casi todos los días.

Basándome en todo esto, os ofrezco mis deducciones. No soy socialista ni comunista, y durante más de veinte años he sido corresponsal en el extranjero. Si no he conseguido alcanzar la verdad, la culpa es sólo mía.

Mi creencia es que el actual desastre de España es el resultado de una conspiración fascista internacional urdida entre los generales españoles y los dictadores de Roma, Berlín y Portugal. Sin la ayuda prestada a los rebeldes españoles por los fascistas de fuera, la insurrección habría fracasado en breve plazo.

A mi juicio la Rusia soviética no tuvo la menor responsabilidad en la guerra civil; la acusación lanzada contra ella no es, según creo, sino una estratagema de los fascistas para ocultar sus propios designios internacionales.

Cómo ocurrió

En España no hubo nunca una era burguesa. Las esperanzas de la clase media española murieron con la supresión de los Comuneros en 1521. Por lo menos, nunca se repuso de lo que sufrió entonces. Hasta 1931, estuvo gobernada de una manera feudal por una monarquía que se apoyaba en el ejército, en los potentados y en la iglesia católica. El decir si estaba bien o mal gobernada depende de la apreciación de cada cual de lo que se llama civilización moderna. Pero es lo cierto que su gobierno fomentaba la piedad. Había un sacerdote por cada 900 habitantes, contra uno por cada 20.000 en Italia. Más de cien mil españoles eran sacerdotes o pertenecían a las órdenes religiosas. Una enorme parte de la riqueza nacional estaba en poder de la Iglesia. Cuando después de 1931, la República se dispuso débilmente a nacionalizar las propiedades de las congregaciones, el Papa declaró que la ley que esto autorizaba «batía el record de las leyes contra Dios y las almas humanas». En el catecismo usado en todas las iglesias españolas hasta 1936 se podía leer:

«P.—¿Qué pecado cometen los que votan a los liberales?»

R.—Generalmente un pecado mortal.»

En realidad la iglesia tenía a su cargo toda la enseñanza. En 1936, más del 45 por 100 de la población era todavía analfabeto; la mitad de los niños de Madrid no podían recibir instrucción por falta de escuelas, y 40.000 maestros ganaban 20 dólares o menos al mes. La mayoría del clero apoyaba a un régimen que suponía grandes privilegios para él.

España podría ser un país rico; pero en realidad

(Continúa en la página siguiente)

Ningún progreso

La Gran Bretaña y Francia propusieron a Italia que se uniese a ellas para discutir la situación española, y, en especial, la retirada de los combatientes no españoles. La respuesta italiana es suave, pero completamente inútil. La suavidad es únicamente la tapadera transparente con que se cubre el juego que todavía realiza Italia con indiscutible buen éxito. Dicese en uno de los telegramas que la Nota deja aún la puerta abierta a las negociaciones. Pero esto es un error: su único objetivo es utilizar la puerta ya abierta de antemano para la continuación del sistema, en virtud del cual Italia, al tiempo que hace protestas de lealtad a la no intervención, interviene cada vez más abiertamente para conseguir la victoria de Franco. Todas las insinuaciones de que otra nación ha «intervenido» del mismo modo sistemático y oficial, o de que el problema no se resolverá aunque Italia se retire, son otras tantas patrañas. Italia tiene en territorio español un ejército independiente y organizado, con el cual no puede compararse, por el momento, ninguna ayuda al Gobierno español. Poco antes de salir para Alemania, Mussolini hizo dar ciertas seguridades a Francia e Inglaterra de que no tenía «intención por ahora» —estas palabras están tomadas de la Nota anglofrancesa— de permitir «el envío de más voluntarios». ¿Quién ordena, por tanto, la salida de éstos para España? Pero ya hay motivo para creer que, una vez que haya regresado con la promesa de que Hitler está «detrás» de él estará dispuesto a enviar nueva ayuda militar a Franco. Al ser invitado ahora, no sólo a tratar de la retirada de las tropas de España, sino a colaborar para lograrla, dice que la cuestión debe ser llevada de nuevo al inconsciente Comité de No Intervención, en el cual espera burlaria una vez más. El tiempo que pierda en Londres lo ganará en España.

La Nota anglofrancesa expresaba la satisfacción por la promesa reciente de Italia, hecha por Bova Scoppa en Ginebra, de respetar el territorio y la independencia de España, y el duce en su respuesta dice que ha dado estas seguridades en «repetidas ocasiones». Las dió por primera vez, en el Gentlemen's Agreement con este país, y los que piensen que cuando los caballeros han prometido una cosa tres veces o más, son de fiar, se habrán quedado satisfechos; pero tal vez haya, por el contrario, quienes crean que cuanto más se repitan las promesas menos confianza inspiran. La situación se hace cada vez peor, porque todo demuestra que Mussolini pretende la conquista de España. Y esto supone, no sólo la derrota del Gobierno español, sino la implantación del fascismo en España, la cual dependería, seguramente, de Italia, en el Mediterráneo occidental y en la frontera francesa. Hay muchas personas, algunas de las cuales ocupan puestos elevados, que creen que España no tolerará nunca extranjeros en su suelo; que Franco, una vez victorioso, rompería con Mussolini, y que, de todas formas, no podría, en muchos años, enfrentarse con la Gran Bretaña rica y poderosa. Olvidan, tal vez, que si Franco ganase la guerra, empujarían entonces sus apuros, que después de «conquistar» a España, si ello es posible, tendrá que dominarla, y que probablemente se encontraría en el mismo compromiso que Fernando VII en 1824, el cual tuvo que pedir a Francia que estableciera en España una guarnición de 35.000 soldados para conservar su trono.

El Comité de Londres supone sólo conversaciones, ninguna acción. Por ello, los Gobiernos inglés y francés, trataron de lograr decisiones preliminares en una Conferencia de Tres. Italia contesta que los resultados interesan a otras potencias, que no asistirá a ninguna

«Conferencia, reunión o conversación», sin Alemania y que las discusiones fuera del Comité, aunque sean preliminares, no harían más que perjudicar. Los Gobiernos inglés y francés pueden hacer un esfuerzo más para asegurar una discusión rápida proponiendo que Alemania y Rusia se unan. Una Conferencia de Cinco pudiera ser casi tan expeditiva como una Conferencia de Tres. Si Italia rechazase esto —como hizo en Nyon, por una razón especial— toda discusión sería imposible. Y si entonces Italia (y Alemania), con desprecio de todo, enviaran ayuda a Franco, los demás Gobiernos estarían casi obligados a volver, al fin, a la base legal que abandonaron cuando proyectaron la política de «no intervención». Lord Cranborne dijo el 31 de julio de 1936, con respecto a la compra de armamentos en este país por España, que «el Gobierno quería actuar estrictamente de acuerdo con las leyes existentes». Pero la ley existente fué abandonada y acordamos que el Gobierno español fuese privado de sus derechos legales con la esperanza de que Italia y Alemania no prestarían su ayuda ilegal a Franco. Si Italia se niega ahora a discutir la «retirada», excepto en condiciones que prolongarán indefinidamente su invasión de España, esa esperanza desaparece. Permitir al Gobierno español que compre libremente lo que necesite, no es, ni fué nunca, una «intervención». La llamada «no intervención» ha llegado a significar que mientras se niegan al Gobierno español sus derechos normales, otras potencias intervienen sin freno a favor de Franco, y no cabe duda de que si sus derechos son restablecidos como fuera lógico, sus enemigos declararían que esto es una «intervención». En realidad, significará que la balanza está, en parte, nada más que en parte, equilibrada por medios estrictamente legales.

(«The Manchester Guardian», 11 de octubre de 1937.)

Perfil de España Los analfabetos a la conquista de la cultura

En varias fotografías de las trincheras gubernamentales de los frentes de Castilla y Andalucía, en segunda línea, se pueden leer algunos carteles que dicen: «Biblioteca», «Casino» y también «Museo». Otras, han captado los interiores de esos refugios del pensar.

Se pueden ver inclinados sobre rústicos pupitres, figuras de milicianos. Unos leen, otros aprenden a escribir. Ante una pizarra, un soldado de «overall» trata de multiplicar 1 por 7. Son campesinos analfabetos —los eternos analfabetos de la vieja España de sotana y latifundio— que se van incorporando a la cultura, entre dos combates.

El pueblo ignorante va aprendiendo; se va educando y a medida que sabe y conoce, su mentalidad de siervo liberado tiene más conciencia para cerrar el puño y apuntar su fusil con más rabia y contra sus amos de ayer. Los iletrados están defendiendo la cultura. Han rescatado de las razias, o de las llamas, valiosas obras de museo, y lentamente van aprendiendo el tesoro que han salvado.

Un mundo desconocido para ellos, de arte y de emociones nunca sentidas, va cayendo en su poder y lo quieren conservar a toda costa para disfrutarlo en época de paz.

Van desentrañando, deletreando, la Historia de España. Es un relato de guerras estúpidas, luchas de hermanos contra hermanos, de dogmas oscuros; de todo el cuadro políptico de la nación en el cual, el rojo —la sangre— es aportada generosamente por el pueblo.

España está aprendiendo a pensar, y un temblor de solidaridad y comprensión recorre los espaldas doblados sobre la lectura; un estrechamiento de piedad para otras víctimas lejanas y borrosas, porque esa Historia que leen es también la del Universo.

El concepto del hombre libre ante su conciencia, frente a su destino— va cobrando prestancia, adquiriendo plasticidad y concreción substantiva.

Del hombre en su totalidad, la individualidad que ya no va a marginar su dignidad humana, sino a la va a exigir, porque, en último extremo, los fusiles están a la mano.

Un peligro común va uniendo todos los analfabetos de todos los continentes. Se yergue amenazante ante la Tierra Prometida que pretenden mantener como solar del privilegio. Pero su fuerza reaccionaria, rancia en prejuicios, es también la amalgama que estrecha destructivamente a los parias de la China y del Mediterráneo y hace avanzar, hombre contra hombre, a la conquista de un poco de la cultura y el bienestar feroces negados. La conquista y defensa de la cultura por los analfabetos es una linda paradoja.

La guerra va elevando el nivel del pensamiento de los trabajadores. Y la sangre que salpica los carteles que dice «Biblioteca», «Casino», «Museo», es semilla de nueva humanidad que pueda sonreír, cansado, en la paz de los campos y ráfagas de ametralladora.

(«La Noche», La Paz, 5-9-37)

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este

BOLETIN

ha sido extraordinariamente pobre. Una de las razones de esta pobreza es que unos cuantos millares de grandes propietarios poseen más del 50 por 100 de la tierra y cerca del 60 por 100 del total de la riqueza del país. Estos propietarios tienen más terreno del que pueden cultivar, y así, gran parte de él permanece inculto o se dedica a pastos. Millones de campesinos viven como las bestias. De las familias que poseen grandes haciendas procede la burguesía reaccionaria, que sorprende y encanta a los extranjeros, pues los españoles son esencialmente agradables. Las clases elevadas sienten la necesidad de una mano dura que les proteja contra el levantamiento de un pueblo hambriento... una mano de hierro que cierre las bocas de los desheredados... ahogue sus gritos de angustia, sus insultos, y, sobre todo, la terrible lógica de sus protestas.

El ejército era la tercera columna del gobierno monárquico; sus oficiales que estaban, hasta muy recientemente, en la proporción de uno por cada cinco soldados, procedían del mismo nivel social que los altos sacerdotes y los terratenientes. Como se recordará España escapó a los grandes movimientos populares de los cien años últimos.

Pero tuvo los suyos propios; el relato que de ellos hace la Enciclopedia británica resulta una exposición monótona de levantamientos populares, que siempre aplastan los militares con mano de hierro. En 1823, el ejército francés invadió España por mandato de la Santa Alianza para acabar con el liberalismo español. Durante el período turbulento de 1868 a 1873, el ejército español, ayudado por las escuadras inglesa y francesa, restauró el absolutismo. Pero la eficacia de ese ejército se reducía a aplastar a su propio pueblo. Mientras duró su dominación, España perdió un imperio colonial gigantesco; estuvo sometida a una larga serie de humillaciones extranjeras, y finalmente, hubiera sido derrotada a no ser por la ayuda de Francia, por un puñado de africanos capitaneados por Abd-el-Krim. Como era lógico, durante la guerra, las clases gobernantes eran germanófilas, pues siempre han procurado preservar a su pueblo contra la herejía de un gobierno democrático, de una enseñanza popular y de una distribución más equitativa de la propiedad.

En 1931, vino la República para acabar con este estado de cosas. El cambio de régimen se efectuó sin

efusión de sangre, sin venganzas. Permitió votar a los monárquicos, a los sacerdotes y a las mujeres. Inauguró 10.000 escuelas. Permitió que el rey destronado y los nobles que se expatriaban se llevasen sus riquezas. Aceptó la derrota electoral de 1933. El objetivo final de los conservadores (según confesó su periódico: «El Debate» en 1933) era deshacerse totalmente del Parlamento y de la democracia. Sólo entonces, unos cuantos mineros, temerosos de verse privados de lo poco que en sentido democrático y en reforma agraria se había realizado, iniciaron una rebelión en Asturias, que fué aplastada, en nombre de Dios, por moros y legionarios extranjeros. Las huelgas se sucedían sin tregua. Había intranquilidad general y tantos desórdenes como en la primavera de 1936, a pesar de estar en el poder los conservadores de Gil Robles y Calvo Sotelo, los generales que se rebelaron contra la República en 1932 (y que fueron perdonados por la nobleza de los republicanos) volvieron a ser colocados en los puestos de confianza.

En España existe el socialismo desde hace cerca de un siglo. En 1873, los republicanos de Sevilla decretaron la abolición de la propiedad privada. En las elecciones de 1936, fueron elegidos 98 socialistas y 16 comunistas de un total de 473 diputados. Pero frente a estos 114 «rojos», el Frente Popular victorioso tenía 146 liberales burgueses.

Los socialistas estaban decididos esta vez a que se aplicaran las reformas liberales al pie de la letra. Así presionaron para la venta inmediata de la tierra inculta a los campesinos pobres. Pidieron la reforma del ejército y el destierro de los generales recalcitrantes. Pero los verdaderos disturbios procedieron de las derechas. Sotelo y Gil Robles comprendieron que, una vez que las grandes propiedades fueran distribuidas y el ejército, republicano, se perdía la última ocasión de impedir el «New Deal» español. Así comenzaron a asesinar a sus adversarios y el asesinato condujo al contra-asesinato. El Gobierno no reaccionó con la energía necesaria, y entretanto, los conservadores se procuraron la alianza de Berlín, Roma y Lisboa. Se preparó minuciosamente la rebelión; el levantamiento militar en todos los centros derribó definitivamente la República. En su lugar, restauraron el antiguo régimen, forrado de fascismo. Al grito de «¡Arriba España!» comenzaron a salvar los españoles de la Democracia, con la ayuda com-

pleta de tres gobiernos extranjeros y probablemente de algunos financieros, merced a la reacción violenta de las sufridas clases populares españolas y al orden que sobrevino, se atrajeron la simpatía de los demás conservadores del mundo, los cuales les consideraban como los salvadores de España.

Sin embargo, el hecho cierto es que los generales Godea, Sanjurjo, Franco y Cabanellas se levantaron contra el Gobierno legítimo y hundieron a España en los horrores de una guerra civil, en consecuencia de la cual todos los demás atropellos resultaron pálidos. Esos generales son los mismos que se alzaron contra la República en 1932 y pertenecían al grupo que había gobernado al país y había dejado a España en el estado en que estaba.

El que fracasara la rebelión de Franco se debió a los obreros. Los marineros españoles mataron a los oficiales desleales; pero lo principal lo hicieron los trabajadores.

Por lo que oí en París esperaba encontrar el pueblo hecho una carnicería. En realidad, hubo excesos, pero fueron esporádicos y las autoridades trataron siempre de evitarlos. En el campo rebelde, por el contrario, se llevaron a cabo, de una manera sistemática, gran número de asesinatos, en cumplimiento de órdenes emanadas de la autoridad facciosa y con la bendición de sacerdotes católicos. Los rebeldes exageraban, en sus lamentaciones, los incendios de iglesias y los atropellos a las religiosas para ocultar sus propias matanzas en masa como las de Badajoz. Yo lo dije el propio ex rey Alfonso, en una entrevista, el 24-7-36, al «Evening Standard»:

«A mi juicio sólo el exterminio, de una vez por siempre, de los partidos de izquierda, acabará con la guerra civil y dará a España la paz tan deseada por todos los verdaderos españoles.»

El desarrollo de la lucha es demasiado conocido y no necesito describirlo. Pero se ignora generalmente en qué situación quedó la parte leal al ser rechazado el golpe de Estado. La clase media era favorable al Gobierno, pero estaba desorganizada, indecisa, asustada de lo que veía. El putsch fué así vencido no por la burguesía, sino por las organizaciones obreras, las cuales emplearon sus fuerzas en defensa de la República.

(Continuará)